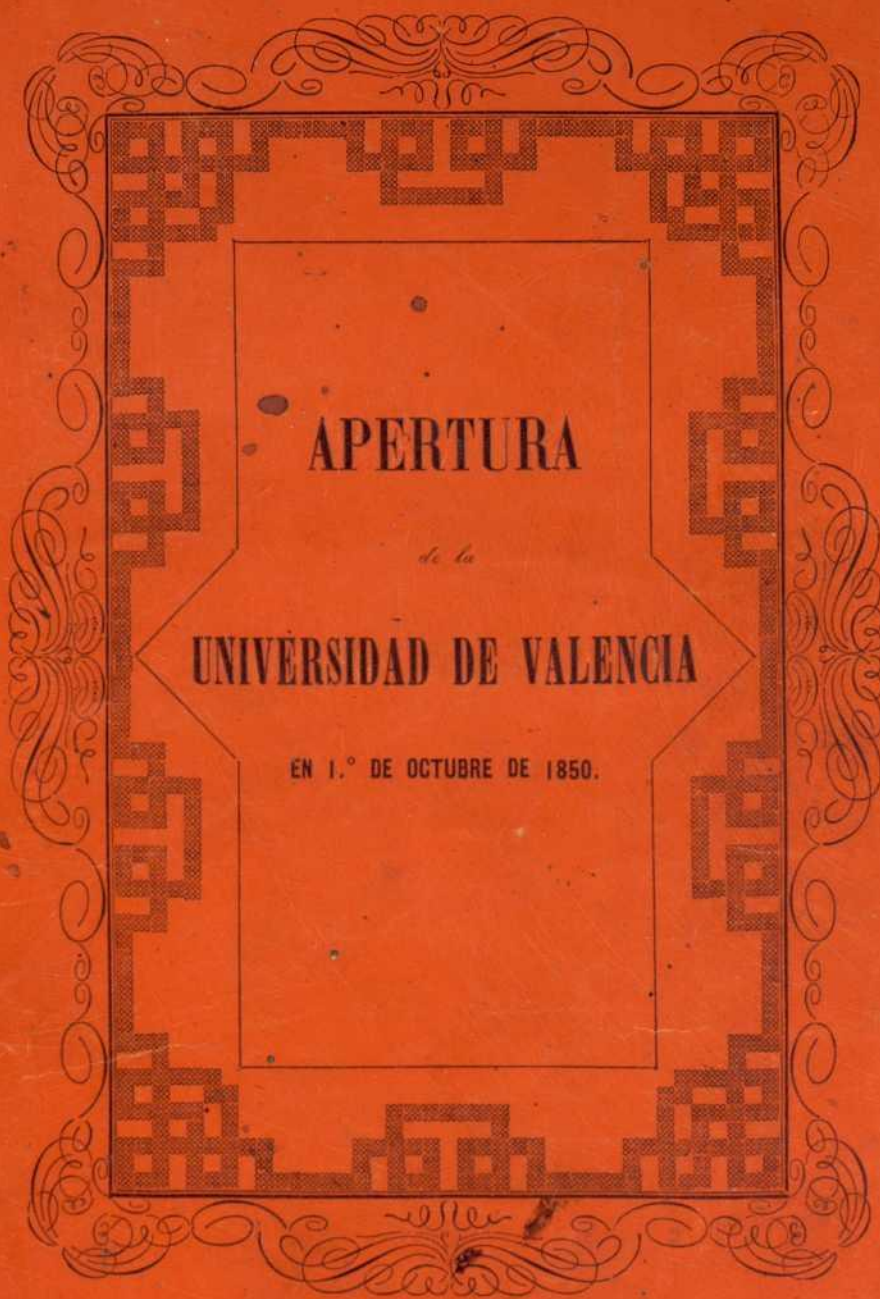


F 6  
148



APERTURA

*de la*

UNIVERSIDAD DE VALENCIA

EN 1.º DE OCTUBRE DE 1850.

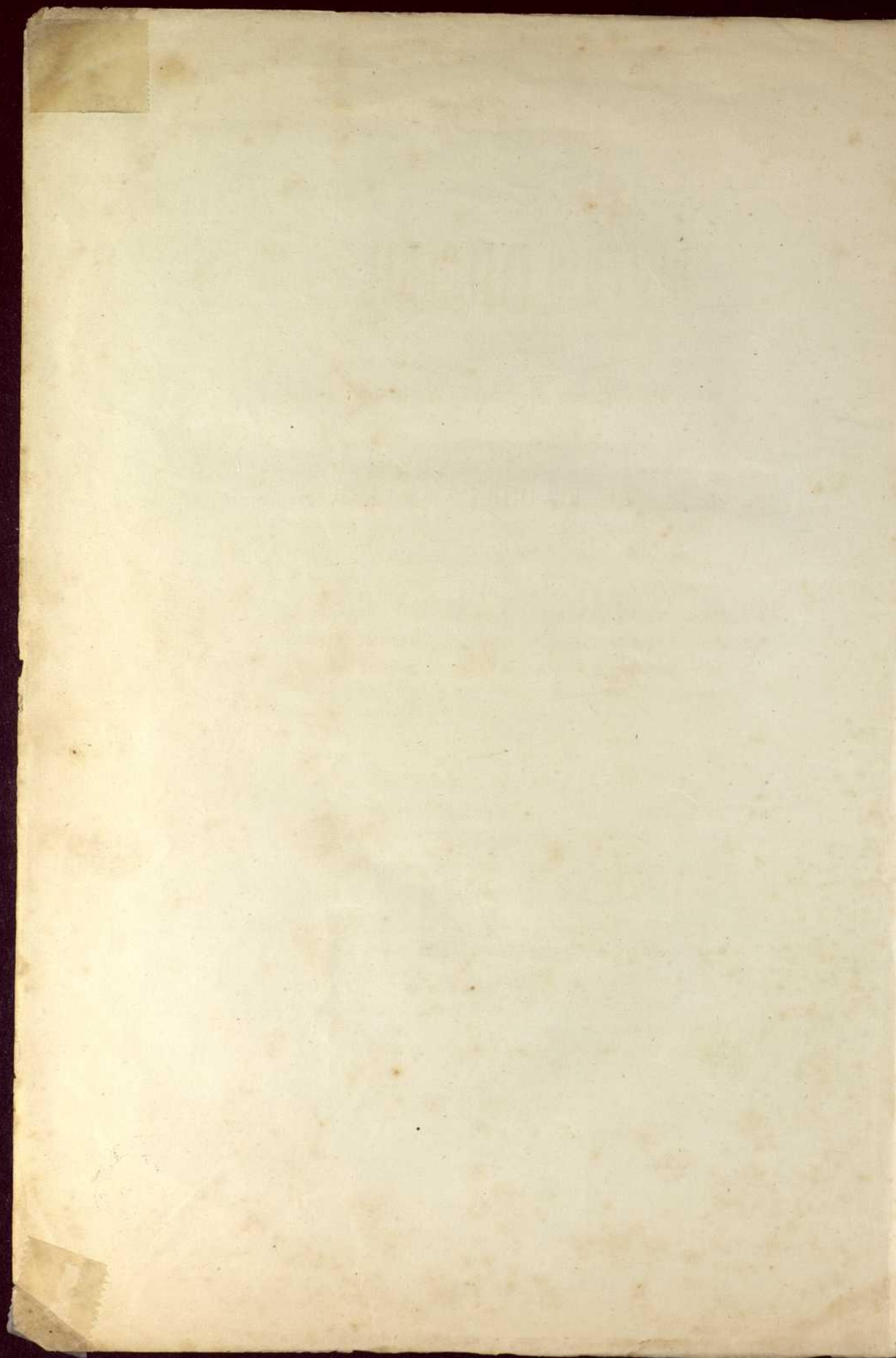


50001119021

Bibl. General i Historica

D  $\frac{F}{237}$  23

$\frac{F}{143}$  6



# DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

**EL DIA PRIMERO DE OCTUBRE DE 1850**

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

POR

**EL DR. D. JOAQUIN CASAÑ Y RIGLA,**

Catedrático de Patología, Anatomía patológica y Clínica general médica; Socio numerario de la Academia de Medicina y Cirugía de esta Ciudad, y Corresponsal de la de Barcelona; Presidente del Instituto médico valenciano; Socio de mérito de la Academia médica de Emulacion de Santiago, y de la Quirúrgica matritense; Corresponsal del Instituto palentino de ciencias médicas y de la Sociedad científica de Lisboa, etc.



IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, CALLE DEL MILAGRO.



UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

Dobis 1118985  
2 1119021

R.91-863

Ilmo. Señor:



Al contemplar el espectáculo grande y magestuoso que en este momento ofrece este espacioso recinto, santuario augusto de las ciencias y de las letras; al reconocer que nada se encuentra en él que no imponga un merecido respeto, y manifieste claramente la grandeza del acto

que se celebra y la importancia del utilísimo objeto á que se dedica; al meditar, por último, que yo soy el destinado á interrumpir con mi débil voz este silencio grave y profundo, ante una reunion tan lucida, sobre materia tan espinosa y en ocasion tan crítica, me conduelo sobremanera de mi falta de las dotes de entendimiento, sublimidad de conceptos y bellezas de oratoria necesarias para inaugurar, cual compete, la magnificencia de este dia solemne, y verdaderamente fausto en la historia de las escuelas.

Esta ingénuo y nada afectada manifestacion, si bien por una parte aleja completamente de mi ánimo la mas pequeña idea de envanecimiento, por otra le infunde la persuasion mas firme, de que en donde hay saber, se halla tambien la tolerancia; y en donde virtudes, indulgencia.

Alentado con esta tan halagüeña cuanto bien fundada esperanza, y resuelto ya en su virtud á acometer tan árdua y arriesgada empresa, véaseme sin embargo detenido ahora, á la presencia de una cuestion harto



grave sin duda, y que á mí mismo toca exclusivamente resolver. Tal es la eleccion de la materia, á la que consagrar mi presente discurso. En el conflicto de no poder, por la flaqueza de mis fuerzas, acomodarle á la elevada dignidad y derechos naturales de oyentes tan conocedores, mi entendimiento me aconseja eludir modestamente tan sério compromiso por su propio respeto; y dirigirme con especialidad á la juventud estudiosa que me escucha, siguiendo la reciente máxima de un distinguido profesor español de Jurisprudencia de que «la inauguracion de un curso literario es un dia mas agregado á la série de las tareas universitarias.»

Felicitaríame yo muy complacido, si al concluirle comprendiese haber ocupado con alguno aunque pequeño fruto, la atencion de la que aquí se encuentra reunida, y mis palabras contribuido á mantener siempre igualmente vivos durante el año académico, que hoy principia, los inequívocos deseos que ya desde esta misma hora muestra de instruirse.

Ahora, pues, si instruirse no es otra cosa que disponerse á pensar bien, dirigiendo el espíritu por el camino que conduce al conocimiento de las cosas, claro es que pretende saber de ellas su existencia efectiva, su realidad incontrovertible, su naturaleza indisputable, en una palabra, la *Verdad*. Esta es, pues, el asunto de mi discurso. Asunto grande é interminable por cierto, pero que debiendo ser precisamente tratado por cortos momentos, apenas podrán decirse mas de algunas palabras sobre su importancia, y acerca de los medios mas conocidamente adecuados para adquirir tesoro tan precioso, y del que en realidad solo el hombre puede disponer.

Felizmente muy pocas bastarán para hacerla desear de los mismos que ya con ardimiento la buscan; ni habrá tampoco necesidad de encomiar con minuciosos detalles sus bellezas para que sea amada, de quienes ya parecen prendados de ella mucho antes de conocerla, y con solas las primeras noticias de esta tan incalculable riqueza.

Riquísima joya es ciertamente la ver-

dad, cuando apenas hay suceso, ni acontecimiento alguno con valor, sin la presencia de esta circunstancia muy esencial, siempre necesaria, siempre apetecida. ¿Qué hombre no la ha invocado en todas partes, situaciones y tiempos en favor de sus asertos, y en testimonio de la rectitud de sus proceder; ni gloriándose con el entusiasmo de un triunfo, cuantas veces acertó á demostrarla? ¿Qué hay de grande ni de útil en el mundo moral y físico sin la verdad? ¿Qué de apetecible y respetable fuera de ella? ¿Qué de mas concluyente, ni con dominio mayor, ni mas universal que ella misma? ¿Qué de mas puro é incorruptible; qué de origen mas sublime y bello, siendo derivada inmediatamente de Dios, que se llama, y es la misma verdad?

Es tan cierto que ésta ha sido hecha expresamente para nuestra inteligencia, como la luz para nuestros ojos, cuando una y otra se hacen lugar y sin esfuerzos de su parte, y casi sin instruccion de la nuestra: y tan consiguiente por tanto el que la duda avive en las almas grandes una de las mas impe-

riosas necesidades, la de creer; que ya no deben asombrarnos los multiplicados y portentosos esfuerzos que el hombre ha practicado siempre en busca de este inefable bien, impelido sin cesar de un anhelo instintivo de saber, que es por su parte un signo, y muy evidente, de que tiende por esencia á reconquistar su dignidad, y á recobrar su primitiva grandeza.

¿Y por qué tanto cuidado y tan esmerada diligencia al buscar esta inestimable prenda, cuando sus cualidades muy singulares deben por necesidad hacerla brillar entre todos los demás objetos, é impedir se confunda con ninguno de ellos? Tal es puntualmente lo que sucede con respecto á las verdades primeras; aquellas que no se prueban, sino que constan, como la existencia de Dios, del hombre, de los cuerpos y de la naturaleza: porque la Providencia, segun el juicioso escritor de su gobierno temporal, ha dispensado muchas veces al hombre de la instruccion, ó ciencia, en todo aquello que verdaderamente le interesa; y dándole al propio tiempo un sentido interior, que

le advierte de la falsedad ó certeza de algunas proposiciones, aun mucho antes de entrar en el exámen filosófico de ellas.

Siendo esto así, como indudablemente lo es, ¿en qué motivos razonables podrán basarse las reglas que se establecen, y los preceptos que se dan para hallar la verdad con acierto? En primer lugar, en que no siempre ésta es tan auténtica y manifiesta que se revele espontáneamente, y por sí propia: tal vez en segundo, en que cual preciosidad invaluable no permite poseerse apenas sin la ofrenda de algunos trabajos meritorios; y en tercero y último, sobre todo, en que para desgracia del género humano, otra cosa tan temible y degradante, cuanto apreciable y noble es la misma verdad, le disputa á ésta sin descanso en la tierra una gran parte de su legítimo terreno; tomando al intento con sobrada frecuencia y artificiosa astucia sus formas y apariencias. Esta es el error; error, que solo el hombre con la escelencia de su razon puede para fortuna suya reconocer y distinguir, segun Bossuet: ya porque la verdad tiene en sí

misma signos peculiares y privativos, que esencialmente le pertenecen; ya tambien porque el entendimiento, por otro lado, cuenta con el poderosísimo auxilio de la educacion, que presentándoselos claros y despejados, estiende su poder hasta un término, que no es siempre fácil divisar.

En efecto, la verdad no se halla sino en la evidencia propiamente; y ésta no es otra cosa, segun Malebranche, que «un conocimiento tan pleno y distinto de todas las partes, cualidades y relaciones de un objeto, cuanto necesario es para formar un juicio seguro.» Despues de esta definicion, ¿se necesitará de otra prueba mas para demostrar que la adquisicion de la verdad se facilita y completa cultivando nuestro entendimiento y de una manera conveniente?

La historia fiel y verídica de los diferentes hechos sobre los cuales ha meditado la razon humana, unida á la esposicion de los variados modos con que lo ha hecho en épocas diversas para averiguar las verdades que aquellos contienen; y el conocimiento circunstanciadamente perfecto de las ya re-

conocidas, enriquecido además con el de los métodos mas seguros para encontrarlas en todos tiempos, forman la instruccion. El principio que coordina y enlaza estos hechos poniéndolos en relacion consigo mismos, y la razon de espíritu que los preside y explica, constituyen inmediatamente la ciencia. Mas si es por desgracia sobrado cierto que los discursos del hombre por la débil claridad de su entendimiento se hallan, segun Bonald, siempre dispuestos en sus especulaciones al error, felizmente en cambio no es menos positivo tambien que un don celestial, segun consoladora espresion de Sócrates, desciende desde su escelsa mansion para iluminar la razon humana, cual ciencia que es de la misma razon. Esta es la lógica, ese astro resplandeciente que vivifica y ordena los numerosos y muy interesantes objetos que forman el tan grato cuanto encantador horizonte de la fecundísima filosofía. De otra manera, si la razon particular de cada uno, de ordinario siempre diferente de la de otro, prevaleciese, no habria ciencia; y sin ciencia, concordancia

en las opiniones, ni conformidad en las doctrinas, ni unidad tampoco de pensamientos en todas las cuestiones mas vitales.

Con facilidad, pues, se comprende ya á la sazón, que esa potencia perspicáz y penetrante llamada intuición, con que algunos ingenios felices y privilegiados se apoderan con una prontitud casi maravillosa de algunas verdades, no es siempre una envidiable cualidad intelectual graciosamente concedida y sin sacrificios del espíritu; antes bien, es el producto fecundo y ordinario de discursos serios y detenidos; ó en otros términos, de trabajos verdaderos y muy graves de un entendimiento ilustrado y reflexivo. Y no menos se alcanza también al presente, cuánto derecho asiste á Mr. Debreyne para decir «que la educación y la palabra son las que depositan en la inteligencia del hombre muchísimas de las verdades, pero en especial las morales y las religiosas.»

Bien sabido es también ahora que sobre todos los objetos ha reflexionado la razón humana inquiriendo solícita sus verdades



respectivas; y que sobre todos ellos igualmente ha llegado ya en el día á formar ciencia. Las principales, y en las que se reasumen todas las que tienen con pleno derecho su fuente en la filosofía, son: la de Dios, á quien ha conocido el hombre por la reflexion sobre la historia natural y sobre la sagrada: la del hombre, quien se ha considerado una realidad por su conciencia propia; y la de la naturaleza, cuya historia ha aprendido simplemente por sus sentidos.

Toda vez que, al parecer, queda ya demostrada la eficacísima cooperacion de las ciencias en la investigacion y logro de la verdad, y dispuesto tambien á su vez el entendimiento humano con las brillantes luces que éstas proporcionan para marchar menos vacilante y perplejo por el tenebroso sendero que conduce á ella, convendria antes de penetrar en el terreno particular de cada una, nos detuviésemos por algunos instantes en las siguientes, y en nuestro concepto, muy oportunas consideraciones: 1.<sup>a</sup> Que la verdad se esconde, en opinion de nuestro Jovellanos, de los que la buscan

con temerario orgullo; mientras que se presenta clara y brillante, cual bajó del cielo, á los que la buscan con sobriedad y rectitud de intencion; pero no desde luego y de una vez, sino por grados y con perseverancia y paciencia. 2.<sup>a</sup> Que las ciencias todas solamente recorren el misterioso velo con que cubren sus luminosos principios á los que tienen ya con antelacion formado el sentido científico correspondiente; y que éstos solos, y no otros, son, repetimos, los que alcanzan con una prontitud y seguridad verdaderamente mágicas para quien no las cultiva, aquel punto capital y culminante, que dominando la cuestion, es la clave fundamental de todas las de su género. 3.<sup>a</sup> Que hay ciertas verdades que el hombre no puede hallar sino en el entendimiento de su corazon, *in mente cordis sui* conforme declaran las divinas letras. 4.<sup>a</sup> Que siendo en fin toda ciencia producto de la reflexion, ó inteligencia en egercicio auxiliada por los sentidos, el medio más seguro y eficaz para descubrir en todas ellas sus verdades propias, deberá ser invariablemente el uso rec-

to de la potencia que las creó; esto es, la inteligencia misma: ya porque ésta no se conoce sino por sí propia, ya tambien porque los sentidos dejan de servir en las ciencias desde el instante mismo en que funciona este precioso destello de la divinidad, que es nuestro mayor título de gloria sin ningun género de duda. Por ser puramente intelectual el objeto de las matemáticas, ni causa admiracion la exactitud de sus asertos; ni que ciencia alguna las rehuse en el exámen riguroso de sus mas cardinales principios; ni que la gran lumbrera de la Iglesia salida de Aquino recurriese ya á ellas en el siglo XIII para definir la verdad, cuando con una precision inmejorable dijo que esta era «una ecuacion entre la afirmacion y el objeto:» ni tampoco, por último, que un célebre filósofo de nuestros tiempos haya asegurado, que «la inteligencia solo puede probarse á sí misma por el número, ó lo que es lo mismo, por el orden y por la simetría; por cuanto aquel no es otra cosa que el número ordenado; y el orden advertido y comparado, la simetría.»

El estudio de la naturaleza, de esa dulcemente bella y magnífica perspectiva, enseña por su armonioso conjunto y sucesiva serie de cosas visibles, otras invisibles, ó verdades de un orden superior en sentir de Bossuet. Es el gran libro, dice Jovellanos, que la Providencia ha puesto siempre abierto delante del hombre, porque solo él es la criatura capaz de comprender, con la grandeza de su espíritu, la inmensidad del universo, de penetrar sus leyes, reconocer su orden y sentir sus bellezas.

Su filosofía, empero, está llena de delirios: porque asombrado á menudo el mismo hombre de su inmensidad, y llevado á la vez del poder de generalizar, que tan ventajosamente le especializa, creyó, á imitacion de Aristóteles, acortar el camino que guia á la verdad, sentando hipótesis y levantando sistemas que, estraviándole de ella y en mas de un caso, consideró no obstante, y para confusion suya, imperecederos y llenos de infalible evidencia. Es tan grato y lisonjero marchar por caminos extraordinarios que el pie humano no ha pisado

todavía; es asimismo tan cierto que la originalidad de ideas interesa directamente al corazón y dispone al entendimiento para los esfuerzos más nobles y más felices; y de tal suerte innegable que estos vivos afectos son los medios más conducentes para los asombrosos descubrimientos que admiramos en el mundo moral; y en conclusión, es tan natural y justificable por otro lado la presurosa impaciencia del hombre en querer saber en el día de hoy una verdad, cuando no tiene certeza de existir en el de mañana, que las equivocaciones de los sistemáticos en sus discursos deben ser con justicia hasta respetadas, en mérito de las tareas que costaron, y en recompensa no menos del impulso benéfico, que todos ellos, sin excepción, dieron á las ciencias en su respectivo día. El método analítico de Bacon puede mejorarlas, y franquear con más seguridad que prontitud las avenidas de la sabiduría; porque él, examinando antes los hechos, y averiguando dentro de los mismos así la razón de su existencia, como la causa de sus fenómenos, solo se atreve á columbrar des-

pues, por su estudio, las leyes sábias y admirables que rigen el universo.

La observacion, pues, y la esperiencia parecen deber ser los medios mas apropiados para encontrar la verdad en las ciencias naturales, y sobre todo en Medicina, que indudablemente las abraza todas. La primera exige método, y la segunda raciocinio; y ambas educacion *usque à puero, et in loco studiis apto*, segun Hipócrates, génio especial reconocido de ella.

La ciencia que se dice del hombre es con preferencia la de su voluntad; y á la manera que su entendimiento se encamina en busca de la verdad, ésta debe necesariamente plegarse á la virtud. Su verdad es «que la moral reposa sobre la religion que es su salvaguardia; así como la ley se apoya en la moral; y la sociedad entera en la ley:» segun el asentimiento universal, que ya desde mucho antes de los tiempos de Ciceron es la prueba mas sensible y decisiva de las verdades de esta especie. Sujetar absolutamente la voluntad, que por esencia es libre, á las condiciones de la materia, por la única

y sencilla razon de que en algunos casos siempre irregulares, así suceda, equivaldria á tomar erróneamente la naturaleza dislocada ó monstruosa, por la regulada y uniforme; y por tipos ordinarios, á sus raros y prodigiosos extravíos. La nobleza de la razon humana no puede sufrir sin oprobio degradacion tan humillante, ni mirar con indiferencia su traslacion vergonzosa al terreno de la práctica. En otra base mas digna de la preeminencia de tan honroso privilegio fundaron esta muy noble ciencia Platon y los Estóicos cuando del modo mas terminante, y por medio de la elocuente boca de Marco Tulio, dijeron y repiten tambien sin cesar desde aquella remota época todos los esclarecidos talentos, que «las muy respetables palabras de ley, justicia y derecho no son simple invento de los hombres, sino la espresion genuina y verdadera de la razon eterna, que gobierna y ha gobernado siempre el mundo entero.

Con respetuoso paso entramos en la ciencia de Dios, y tan solo con nuestro designio de manifestar que tambien ésta requiere ins-

truccion para descubrir sus inescrutables arcanos en el que los busca con rectitud de corazon. Es evidentemente cierto, que el hombre puede conocer con los recursos solos de su entendimiento la existencia de un supremo Hacedor: porque así como las palabras escritas, y colocadas segun el órden de la sintáxis, prueban la existencia de una inteligencia á cuantos las leen, de la misma manera todos los séres criados prueban por su sintáxis la de un soberano escritor que nos ha hablado por signos, que en todas partes dicen siempre, y en voz clara, Dios. Mas sin la ciencia ¿qué hubiera aun alcanzado el hombre de aquellas sacrosantas y eternas verdades, que tanto ennoblecen su ser y hacen su mas dulce consolacion? Ciencia, que estribando esencialmente en la fe, y teniendo por base la revelacion, debemos todos, todos indistintamente aprender, si no deseamos que Dios nos hable todos los dias y á cada uno de nosotros en particular.

Rico ya, y hasta embellecido el entendimiento humano con el precioso caudal de



verdades que ha trasmitido la antigüedad, y preparado además con el favor de las ciencias para la adquisicion de otras nuevas, cumple á nuestro corazon entonces el comunicarlasy difundirlas cual un bien indecible; porque la comunicacion de ideas es, á la par que el principio sólido y sosten firme de la union social, un deber de gratitud y una obligacion inescusable de caridad. Mas para comunicar la verdad es menester persuadirla; y para persuadirla hacerla amable, é inspirarle aquella gracia que, fijando la imaginacion, cautive victoriosamente la atencion de cuantos la oyen. Este triunfo lo consigue sin disputa alguna el hombre por medio de ese don inmenso é infinito con que plugo á la Omnipotencia privilegiarle entre todas las criaturas; el de la palabra: pues limitándose el dominio de las ciencias á sola la razon, quiso tambien pudiese obrar á la vez sobre el corazon, á quien mueve, interesa, encanta y sujeta á su imperio.

Al nombrar la palabra insensiblemente hemos entrado ya en el hermosísimo campo de la literatura: no es otro, pues, su objeto,

que el recto uso de esta singular y maravillosísima potencia, y el de las letras ó signos; fruto éstos de las meditaciones del hombre, aquella de origen controvertido, por tal vez divino, atendida su escelencia sin igual.

Es positivamente la palabra el signo, la mano del entendimiento, segun espresion feliz de Charron; porque el silencio es el patrimonio privativo del bruto, ó del triste racional que ya no discurre. Y en verdad que no hay pensamiento alguno sin palabra propia que lo espresa; como ni tampoco hay palabra ni signo alguno para pensamiento que no existe. Así es como toda degradacion bien individual, bien nacional, es anunciada al instante por otra rigorosamente proporcional en el idioma, porque la palabra se pierde con la idea que espresa. En su consecuencia, pues, la adquisicion de un gran número de verdades deberá ser forzosamente el medio mas seguro y verdadero de enriquecer en el fondo, y de perfeccionar tambien con propiedad, una lengua cualquiera.

El siguiente rasgo de luminosa elocuencia de un literato español y de celebridad muy justificada, patentizará que el modo y maneras de usar la palabra acrecientan ostensiblemente el valor y poder de la misma verdad. «Tal es, dice, la fuerza y hechizo del hombre que á su instruccion uniere el talento del lenguaje perfeccionado por la literatura, que le allanará la senda del mando sobre los demás. Dirigiendo ó exhortando: hablando ó escribiendo sus palabras serán siempre fortificadas por la razon ó endulzadas por la elocuencia: y escitando los sentimientos, y captando la voluntad del público, le asegurarán el ascenso y la gratitud universal.»

Hasta aquí de la importancia de la literatura; ahora dos palabras no mas sobre su necesidad. ¿Qué son las ciencias, se pregunta, sin el auxilio de las letras? Si aquellas aclaran y enriquecen el entendimiento del hombre, dando rectitud y solidéz á sus juicios, ésta perfeccionándolo hasta con hermosura, le da discernimiento y gusto. Aquel gusto, que es el verdadero tacto de nuestra

razon, y en fuerza del cual juzga los escritos, descubre sus bellezas, decide de su mérito, y aprecia como distingue el valor de cada uno rectamente. Todo, en fin, cuanto se relaciona con la espresion de nuestras ideas está bajo la inmediata jurisdiccion de la literatura. Ella es la legítima y natural depositaria y dispensadora de la coleccion preciosa de las verdades adquiridas que perpetúa, y sobre las cuales ha de formarse ese monumento estable y magestuoso, cuyo trabajo está encomendado á todas las generaciones.

Si la verdad, pues, es un tesoro de un mérito inconcebible, y un bien superior á todo encarecimiento, objeto directo y casi esclusivo en último término de la inteligencia humana: si ésta la alcanza de ordinario y sin cuestion alguna con el poderosísimo socorro de las ciencias: si puesta despues en manos de la literatura se pule, hermosea, conserva y difunde por todo el orbe llena de extraordinaria belleza: si las letras y las ciencias son los medios notoriamente mas á propósito para llegar á poseer la sabiduría

verdadera: si sabiduría es el sinónimo ó equivalente del poder en la tierra desde que la sociedad le dió la supremacía sobre la fuerza física, cual base de desigualdad mas pacífica, aunque tambien mas natural por su mayor armonía con la superioridad del espíritu: si por otra parte interesado y celoso el Gobierno en la ilustracion de los pueblos la esparce por toda la monarquía, no siendo ya en la actualidad preciso abandonar la patria para alcanzarla, ni peregrinar en pos de ella buscándola como Pitágoras en países remotos: si con una prevision sin egemplar, y que tan altamente le honra, ha confiado bajo su inmediata vigilancia la enseñanza oral á profesores eminentes en probidad y ciencia, para que sirva de contrapeso á la escrita, librando de esta suerte á los incautos de precipitarse y perecer en su impetuosa carrera: si todo está ya, por fin, convenientemente preparado para el esplendor y lustre científico de esta Nacion, que merece dias de celebridad y gloria, solo resta, que esta juventud brillante y de la cual la patria tanto espera en prove-

cho de las ciencias, beneficio del Estado, y honor de la religion, demuestre: «que su aplicacion y aprovechamiento son tambien por su parte una evidente é incontestable verdad.» — HE DICHO.



